

Siglo XIX

Durante el siglo XVIII, Francia fue reconocida como líder mundial de la moda femenina. Esta reputación se consolidó en el siglo siguiente y el país se convirtió en la autoridad indiscutible en este terreno. Sin embargo, los ingleses eran quienes dominaban la moda masculina, gracias a una avanzada industria de la lana, una maquinaria textil superior y unas técnicas de sastrería más refinadas, desarrolladas durante el siglo XVIII. Estas diferentes influencias dieron paso a expresiones como "moda parisina" y "confección londinense". Durante el siglo XIX la moda femenina se caracterizó por una silueta en constante fluctuación, mientras que el atuendo masculino mantuvo su forma básica y cambió sólo en los pequeños detalles.

La Revolución Francesa de 1789 provocó el desplome de la jerarquía social tradicional y dio paso a una rica burguesía que caracterizó a la sociedad francesa a lo largo del siglo XIX. Hasta el período del Segundo Imperio (1852-1870), la nobleza francesa disfrutó de una renovada posición de poder y la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III, se convirtió en una destacada cabecilla de la moda. La estructura de clases sociales volvió a fragmentarse en el período de la III República (después de 1870), y los líderes de la moda se diversificaron de acuerdo con ello. Gradualmente la rica burguesía se fue convirtiendo en la figura central del panorama de la moda, así como las actrices y las *demi-mondaines* (cortesanas de lujo), todos ellos importantes clientes de la *haute couture* de la segunda mitad del siglo.

A mediados del siglo un segmento mucho más amplio de la población pudo disfrutar de la moda y las tendencias llegaron incluso a las clases bajas. La invención francesa de los grandes almacenes, en la década de 1850, contribuyó espectacularmente a esta expansión al ofrecer una libertad de elección junto con una variedad de mercancías a precios razonables. Debido a las exposiciones internacionales, la primera de las cuales se celebró en Londres en 1851, y a la llegada del transporte público como el ferrocarril y los barcos de vapor, el comercio internacional experimentó un auge sin precedentes. Las revistas de moda, que prosperaron rápidamente en el siglo XIX, contribuyeron a que la moda parisina fuera reconocida en todo el mundo.

El estilo imperio y la indumentaria de la corte

Durante el primer y caótico período revolucionario tuvo lugar un cambio espectacular en la moda femenina. El vestido camisa o camisero, llamado así por su parecido con una camisola de ropa interior, se convirtió en la moda imperante. Su simplicidad marcaba un fuerte contraste con los complicados vestidos rococó de la era anterior. Se abandonaron las prendas de ropa interior como el corsé y el guardainfante, que habían sido imprescindibles para dar la exagerada forma a los vestidos femeninos de la época rococó durante el siglo anterior. Las mujeres preferían llevar vestidos de algodón blanco fino, casi transparente, con muy poca o ninguna ropa interior. El vestido camisa, con su cintura alta y cuerpo y falda de una sola pieza, tenía una línea clara y tubular. María Antonieta llevó un prototipo de este tipo de vestido, que se dio en llamar *chemise à la reine*, como puede verse en el retrato pintado por Elisabeth Vigée-Lebrun (1783). Un retrato posterior, en este caso *Madame Récamier*, pintado por François Gérard (1802, Museo Carnavalet, París; ilustr. pág. 49), ilustra cómo esta forma de vestido se fue convirtiendo gradualmente en el estilo neoclásico, que homenajeara las refinadas formas geométricas de las antiguas Grecia y Roma. Se escogían materiales diáfanos como la museli-

na, la gasa y el percal por su simplicidad. Estos tejidos también sugerían que la función del vestido era cubrir y no moldear el cuerpo. El camisero era emblemático de una conciencia estética recién desarrollada y de los valores posrevolucionarios franceses. No obstante, el invierno europeo era demasiado frío para el fino material del vestido camisa, así que se popularizaron los chales de cachemira, que servían tanto para abrigar como para adornar el vestido. Además, las prácticas prendas de estilo inglés, como el *spencer* o bolero y el redingote, ayudaban a protegerse del frío. Estas prendas exteriores mostraban una clara influencia de los uniformes militares napoleónicos, que habían adoptado atrevidos diseños para resaltar el valor de las tropas. Los chales de cachemira procedentes de la auténtica región india de Cachemira se hicieron populares cuando Napoleón los introdujo por primera vez en Francia tras su campaña egipcia de 1799. Debido a sus exóticos dibujos y atractivos y variados colores, se convirtieron en un accesorio muy popular para llevar con el vestido camisa. Sin embargo, en esa época resultaban muy caros, y eran lo suficientemente valiosos como para ser registrados en los testamentos y en el ajuar de boda. Tras los años treinta, la popularidad de los chales de cachemira llegó al gran público, y hacia la década de 1840 ya se había implantado una enorme industria de chales tanto en Francia como en Inglaterra para satisfacer la demanda. En Lyon se fabricaban productos de lujo con materiales de primera clase, mientras que en la ciudad escocesa de Paisley se producía en masa una imitación estampada y más económica. La palabra "paisley" llegó a ser tan conocida que se convirtió en sinónimo del tipo de dibujo cónico frecuentemente relacionado con los artículos de cachemira. La moda de los chales de cachemira continuó hasta el período del Segundo Imperio, cuando otra versión mucho más grande, que se llevaba con los miriñaques, se convirtió en el estilo predominante. Cuando finalmente disminuyó la demanda de chales de cachemira, las industrias que los producían sufrieron un declive.

Tras la Revolución, la seda fue sustituida por otros materiales, como el algodón procedente de Inglaterra, y la industria de la seda de Lyon, un pilar de la economía francesa, entró en una grave crisis. Preocupado por la situación económica, Napoleón quiso reactivar la industria francesa imponiendo aranceles a las importaciones procedentes de Inglaterra y prohibiendo al público que vistiera muselina inglesa, pero estas medidas no lograron desviar el rumbo que había emprendido la moda. Tras su coronación como emperador en 1804, Napoleón empezó a utilizar la indumentaria como instrumento político. Dictó un decreto imperial para que tanto hombres como mujeres llevaran prendas de seda en las ceremonias formales, y logró reavivar con éxito el extravagante atuendo cortesano de la era prerrevolucionaria. El vestido de seda ceremonial y el sobretodo de corte (*manteau de cour*) que llevó la emperatriz Josefina en la coronación de Napoleón y que fue retratado en el famoso cuadro de Jacques-Louis David (1805-1807, Museo del Louvre, París; ilustr. pág. 52), muestra el típico estilo cortesano del Imperio. La capa de terciopelo de la emperatriz, con forro de armiño, simboliza el lujo y la autoridad de la corte francesa e ilustra el abandono del ideal revolucionario. Este estilo de sobretodo de corte con cola larga siguió siendo una prenda habitual en los palacios europeos.

Durante la primera década del siglo XIX, la silueta del vestido femenino no sufrió ningún cambio espectacular, pero el largo de la falda se acortó a partir de 1810. De nuevo hubo demanda de ropa interior; se empezó a utilizar el *brassière*, que más adelante se convirtió en un prototipo del sujetador, así como los corsés sin refuerzo de ballenas. También cambiaron las preferencias en cuanto a materiales, del algodón se volvió a la seda, ya que la ornamentación de fantasía y el color volvieron a ponerse de moda.

El estilo romántico

Las cinturas altas del vestido estilo imperio "bajaron" a una posición más natural hacia mediados de la década de 1820. Simultáneamente, los corsés fueron de nuevo imprescindibles para la moda femenina, puesto que los talles estrechos eran una característica importante del nuevo estilo. Las faldas, por el contrario, se ensan-

charon hasta tener forma de campana, y la largura se acortó para mostrar los tobillos. Aparecieron medias de compleja ornamentación con el objeto de adornar los pies, ahora visibles. Pero la tendencia más peculiar de este período fue la manga de pernil, ahuecada espectacularmente desde el hombro al codo y más estrecha hasta llegar al puño. Las mangas de pernil alcanzaron su mayor popularidad hacia 1835. Otra característica destacada de la moda era el escote, que se hizo tan pronunciado que muchas veces se precisaban fichús y capas para regular la parte expuesta durante el día. También solían llevarse bertas y prendas tipo chal. Para compensar y equilibrar las voluminosas mangas y los generosos escotes, los peinados y los sombreros también se hicieron más grandes, con complicadas decoraciones de plumas, flores artificiales y pedrería.

Las convenciones de la moda de la época estaban muy influidas por el Romanticismo, que perseguía imaginativos y románticos impulsos y fomentaba el gusto por el mundo histórico o exótico. Así mismo, exigía que la mujer ideal fuera delicada y melancólica. La imagen de una mujer dinámica y saludable se consideraba vulgar, de ahí que la tez pálida fuera algo tan admirado. El estilo romántico en los vestidos, peinados y joyas también tomó prestados algunos detalles de la indumentaria de la corte de los siglos xv y xvi, el período más prolífico en cuanto a obras de teatro de la época.

El estilo miriñaque

El estilo básico de la década de 1830 continuó hasta la siguiente, pero los adornos más extremados, como las mangas de pernil, dejaron de estar de moda y volvieron los diseños más sencillos. A pesar de ello, las cinturas seguían haciéndose cada vez más pequeñas y las faldas más voluminosas. El amplio contorno del vestido se conseguía con varias faldas superpuestas, y su magnitud debió de resultar un inconveniente para la movilidad de la mujer. No obstante, como el ejercicio físico se consideraba poco femenino en la sociedad de la época, las pesadas vestimentas no se veían tanto como una restricción como un indicador de riqueza. Además de la anchura añadida, las faldas volvieron a alargarse hasta barrer el suelo, destacando con ello la modestia de la mujer. Las faldas de la década de 1850 se caracterizaban por volantes dispuestos horizontalmente para acentuar la forma cónica. Las mangas de pernil estaban empezando a desaparecer. Los hombres ahuecados dieron paso a un mayor volumen en la zona de la muñeca. El pintor Jean-Auguste-Dominique Ingres captó fielmente estas tendencias y cambios de la moda de la primera mitad del siglo xix.

A finales de los años cincuenta las faldas sufrieron un cambio drástico. Gracias a la invención de nuevos materiales, apareció el miriñaque o enagua con aros. En la década de 1840 el término "miriñaque" o "crinolina" se refería a las enaguas hechas de crin (de caballo) tejido con lino resistente. Después de los cincuenta, el término se utilizó para designar a la enagua con armazón de aros metálicos o de ballena, o cualquier falda ancha que llevara uno de esos armazones. Con la llegada del miriñaque, las faldas se hicieron extremadamente anchas. El desarrollo del cable de acero, los importantes avances de la industria textil y el uso práctico de máquinas de coser facilitaban que los miriñaques pudieran ser todavía más grandes. La continuada mejora de telares y tintes hizo posible una amplia variedad y cantidad de materiales para faldas. La gran demanda de tejidos durante la época del miriñaque continuó hasta el siguiente período; la falda con polisón tenía mucho menos vuelo, pero requería muchísimo material para su complicada ornamentación de cintas y volantes.

La industria textil francesa, y más concretamente el mercado sedero de Lyon, se benefició al máximo de este incremento en la demanda de tejidos. Napoleón III apoyó la industria textil como parte de su estrategia política, y la burguesía francesa secundó la medida. Famosos modistas como Charles Frederick Worth diseñaron vestidos utilizando seda de Lyon, de avanzada tecnología y artístico refinamiento. Esta evolución contribuyó a que dicha ciudad recuperara su reputación como centro de distribución de materiales para la industria de la moda parisina.

El estilo polisón

A partir de finales de la década de 1860, las faldas ganaron volumen en su parte trasera, mientras que por delante eran planas. Esta silueta era posible gracias al apoyo de una prenda interior llamada polisón (*tournure* en francés). Los polisones eran almohadillas que iban colocadas sobre las nalgas y que se enmarcaban y rellenaban con varios tipos de material. Las faldas o las sobrefaldas a veces se recogían por detrás para darles una forma exagerada. Con sólo unos pequeños cambios en los detalles, el estilo polisón continuó hasta los años ochenta. La típica silueta del vestido de la década de 1880 se puede ver perfectamente en el cuadro titulado *Un domingo de verano en la isla de La Grande-Jatte*, de Georges Seurat (1884-1886, Instituto de Arte de Chicago). Esta pintura también revela el hecho de que la moda del estilo polisón había llegado definitivamente a las clases más bajas. En Japón se conocía el estilo polisón como el atuendo occidental que se llevaba en el *Rokumei-kan*, la casa de huéspedes oficial, que funcionó como centro de occidentalización de Tokio durante la Restauración Meiji (1867-1912).

A partir de mediados del siglo xix la mayoría de los vestidos consistían en dos piezas separadas, un corpiño y una falda, y a medida que transcurría el tiempo, se incrementó el uso de adornos y detalles. Como resultado, la silueta natural de la mujer resultaba casi imposible de apreciar. La única excepción a esta regla, el vestido de una sola pieza que mostraba parte de la figura real de quien lo llevaba, apareció a principios de la década de 1870. Esta prenda dio en llamarse "vestido línea princesa", en honor de la princesa Alejandra (1844-1925), que más adelante se convirtió en reina de Inglaterra.

Los peinados de finales de siglo reflejaban una preferencia por los moños voluminosos. Los tocados, casi una necesidad en el siglo xix, se convirtieron en pequeños sombreros de ala corta, para evitar cubrir los intrincados peinados. Las tocas, prácticamente sin ala, fueron muy populares por este motivo.

La silueta en forma de "S"

El período que va de finales del siglo xix hasta la I Guerra Mundial se llamó *la belle époque*, caracterizada por una brillante decadencia y un espíritu alegre de la gente hacia la vida ante la llegada del nuevo siglo. El ambiente de transición trajo aires nuevos a la moda femenina. Este período fue testigo de un cambio espectacular: del atuendo artificioso del siglo xix con prendas interiores estructuradas a los estilos del siglo xx, que buscaban la expresión del cuerpo femenino tal como es en realidad. En su libro *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust captó y describió concienzudamente la importante transición que vivió la estructura de la ropa interior femenina.

Los importantes avances que datan de esta época fueron la silueta en forma de "S" y el traje sastre para mujeres. La primera implicaba un vestido que realizaba un talle extremadamente estrecho, un pecho generoso y proyectado hacia delante y una protuberancia en la parte posterior de la falda. Los fabricantes de ropa interior idearon varios tipos de corsé para conseguir las diminutas cinturas que este estilo requería. Este tipo de silueta de mujer se parecía a las sinuosas formas orgánicas que eran el ideal del Modernismo. En especial, la línea vaporosa de la falda acompañada con cola se parecía al motivo floral tan frecuente en los artistas modernistas. Las mujeres ya habían llevado trajes sastre (amazonas) antes del siglo xix, con elementos que tomaron prestados del atuendo masculino para montar a caballo. La moda de los trajes como prendas deportivas y para el viaje empezó a arraigar en la segunda mitad del siglo. Finalmente, entre los últimos años del siglo xix y principios del xx, las mujeres empezaron a llevar trajes sastre para muchas ocasiones diferentes. Los trajes sastre de la época consistían en dos piezas: una chaqueta y una falda, que se llevaban con una camisa corta (o blusa) bajo la chaqueta. Debido a esta preferencia por los trajes, la blusa empezó a ser valorada como elemen-

to importante de la moda femenina, y la tendencia se aceleró gracias a la aparición de las "chicas Gibson", llamadas así por el ilustrador americano Charles Dana Gibson (1867-1944).

En el caso de los vestidos, contrariamente a la tendencia de simplificar y seguir la línea natural del cuerpo femenino, volvieron a aparecer brevemente unas gigantescas mangas de pernil hacia 1900. De forma similar, los sombreros se hicieron más grandes y se decoraron con ornamentos extravagantes, como pájaros disecados; esta moda siguió contando con el favor popular hasta principios del siglo xx.

La evolución de la ropa interior

Hacia la segunda mitad del siglo xix, la modernización industrial mejoró el estilo de vida medio, y la gente tenía ropa en abundancia. Apareció una estricta etiqueta social con relación al atuendo, y las mujeres tenían que cambiarse de ropa siete u ocho veces al día para seguir los dictados de la sociedad. Por ejemplo, los siguientes nombres de vestidos son indicativos de las ocasiones para las cuales las mujeres estaban obligadas a cambiarse de ropa: vestido de mañana, vestido de tarde, vestido para ir de visita, vestido de noche (para el teatro), vestido de baile, vestido para una cena de etiqueta, vestido para estar en casa (antes de acostarse) y, por último, camisón.

Se crearon numerosos tipos de prendas interiores adecuados para los nuevos vestidos. Además de la camisola, aparecieron las calzas largas o calzones y las enaguas, y toda la ropa interior femenina se llenó de adornos. Surgieron nuevas prendas interiores para ajustarse a los rápidos cambios de la silueta. Los miriñaques, poliones y corsés, todos ellos imprescindibles para la silueta esculpida del siglo xix, fueron convertidos en nuevos modelos con varios dispositivos e inventos novedosos, muchos de los cuales fueron patentados.

Los espectaculares cambios en la producción de acero hicieron posible esta nueva y más amplia selección de miriñaques y poliones. El alambre de acero y los muelles empezaron a hacer su aparición en la ropa interior, además de los habituales soportes de tela, crin de caballo, ballena, bambú y rota. La invención de los ojetes de acero en 1829 hizo que los corsés fueran realmente eficaces para moldear la silueta femenina. Las mujeres los siguieron considerando la prenda interior más importante hasta principios del siglo xx.

Los inicios del sistema actual de la moda

La industria textil aportó asombrosas mejoras a ciertos sectores de la sociedad del siglo xix. La primera mitad del siglo fue testigo de la mecanización de la estampación y de mejoras en la maquinaria de hilatura y tejeduría. En 1856 la invención de la anilina, el primer tinte sintético, supuso un cambio espectacular en la paleta de colores de la indumentaria. Además, la máquina de coser, a la que el norteamericano Isaac Merrit Singer introdujo importantes mejoras en el año 1851, demostró que podía aportar un notable rendimiento a la confección de prendas de vestir, e inmediatamente se propagó por toda la industria de la moda. El concepto de prendas "de confección" surgió de forma natural en ese medio. En América del Norte, los métodos de producción de prendas confeccionadas habían mejorado rápidamente durante la guerra civil para satisfacer la creciente demanda de uniformes militares. En Francia, las primeras prendas producidas en masa, llamadas de *confection*, eran económicas, sin embargo las tallas eran imprecisas.

En contraste con una industria de confección de ropa femenina sencilla y funcional, surgió un mercado de alta costura (*haute couture*), que tuvo un buen inicio durante este período y que demostró ser igualmente próspero. El modisto inglés Charles Frederick Worth sentó las bases de la alta costura de acuerdo con el sistema que sigue existiendo actualmente. En 1857 abrió su *maison* en París e introdujo la práctica de presentar

una nueva colección de sus propios diseños cada temporada. Además, al exhibirlos sobre modelos de carne y hueso, cambió radicalmente la manera de presentación de los vestidos. Gracias a Worth, el actual sistema de la moda, en el que varias personas pueden adquirir la obra creativa de un modisto, fue lanzado con éxito.

Prendas deportivas y para lugares de veraneo

Hacia la segunda mitad del siglo xix, el sistema de vida habitual para ciertas capas de la sociedad había mejorado tanto que las personas tenían más oportunidades para disfrutar de las actividades de ocio. Viajar a lugares de veraneo para escapar del frío o del calor se hizo posible con el progreso del transporte público, y fue ganando rápidamente popularidad. La afición a las actividades deportivas también se extendió entre el gran público. En este período aparecieron los elementos básicos del atuendo masculino que todavía siguen presentes en la actualidad: la chaqueta y los trajes de tres piezas como prendas informales para actividades tales como viajar o practicar deporte. La ropa deportiva femenina, para montar a caballo, cazar y jugar al tenis, era algo más práctica pero no significativamente diferente de su indumentaria urbana. Aun cuando en esa época los baños de mar se consideraban una práctica médicamente recomendable, se esperaba de las mujeres que se quedaran jugueteando en la orilla en lugar de nadar. Los trajes más adecuados para nadar, que consistían en una parte superior y pantalones, aparecieron en la década de 1870.

Hacia finales del siglo xix, las faldas empezaron a acortarse debido a la popularidad de los deportes más dinámicos como el golf y el esquí. Aparecieron los jerséis deportivos de punto, así como una chaqueta masculina llamada "chaqueta Norfolk", que fue adaptada como prenda femenina para ir de caza. Los cuadros escoceses, prácticos de usar y únicos en color y dibujo, se pusieron de moda después de que los llevara la reina Victoria. Además, los pantalones bombacho finalmente fueron aceptados como prendas funcionales femeninas—para montar en bicicleta—en la década de 1880. La primera en defender su uso, a mediados de siglo, fue la feminista Amelia Jenks Bloomer, de la que tomaron su nombre inglés: *bloomers*. La llegada del bombacho coincidió con las campañas recién iniciadas en pro de los derechos de la mujer.

Japonismo y moda parisina

Con la apertura de Japón al comercio internacional en 1854, los intereses europeos en este país crecieron rápidamente, y en la década de 1880 emergió la tendencia llamada *japonismo*, que duró hasta 1920, aproximadamente. La influencia del japonismo en la moda se puede apreciar en distintas formas. En primer lugar, el kimono japonés propiamente dicho se llevaba como un batín exótico para estar por casa, y las telas con el que estaba hecho se utilizaban en la confección de vestidos occidentales. Todavía se conservan buenos ejemplos de vestidos estilo polisón hechos con tela de *kosode* (kimono de visita). Los motivos japoneses también fueron adaptados y aplicados a las telas europeas. Por ejemplo, en los tejidos producidos por esa época en Lyon pueden verse detalles de la naturaleza, pequeños animales e incluso blasones familiares. También era muy común llevar un kimono como bata para estar por casa, tal como lo refleja el cuadro *Madame Hériot* de Pierre-Auguste Renoir (1882, Hamburger Kunsthalle, Hamburgo). La palabra *kimono* se empezó a utilizar en Occidente en un sentido más amplio, que abarcaba toda una gama de batas y batines. Por último, en el siglo xx, la silueta y construcción plana del kimono iba a ejercer una gran influencia sobre la indumentaria tridimensional occidental y el mundo de la moda.

Miki Iwagami, conferenciante del Sugino Fashion College